

Entrevista a Fernando Morán

ANTONIO GARCÍA SANTESMASES

Fernando Morán ha sido ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno español (1982-1985), embajador ante Naciones Unidas (1985-1987) y cabeza de lista del Partido Socialista al Parlamento Europeo en distintas convocatorias (1987, 1989 y 1994). Gran experto en temas de política interna-

cional, entre sus obras podemos citar *Una política exterior para España* (1980), *España en su sitio* (1990), *Tiempo de reformas* (1999), *Viaje al fondo del túnel* (1999) y, la última, *Palimpsesto* (2002). Nos hemos dirigido a él para comentar algunos aspectos de su último libro.

En tu último libro, «Palimpsesto», vuelves a realizar una serie de reflexiones acerca de las claves de tu actuación política. Es una actuación que se enmarca en las coordenadas de una generación que tuvo en el europeísmo una de sus banderas. Has insistido en muchas ocasiones en que el objetivo de la política exterior de nuestro país era poner a España en su sitio, producir la incorporación de España en las instituciones comunitarias y acabar con el aislamiento. Muchos grupos políticos coincidían en ese proyecto y en la normalización de esas relaciones. Quizás donde estén las diferencias sea en tu esfuerzo por marcar un perfil propio, por considerar que la política exterior, como dices en tu último libro, no consiste sólo en participar por mantener un margen de maniobra dentro del sistema. ¿Ha sido esa pretensión tuya una constante de la política exterior española o fue interrumpida con tu relevo en el Ministerio de Asuntos Exteriores en 1985?

La inserción de España en el contexto internacional que le correspondía, Europa, era sentida por la cultura de la restauración de la Democracia como un objetivo esencial. Constituyó una meta de la acción para superar el franquismo, como una garantía del desarrollo económico, social y político y como el complemento indispensable para la construcción de instituciones representativas. El europeísmo fue elemento común y aglutinante de las distintas fuerzas de la oposición y supuesto imprescindible y explícito del momento constituyente. No se trataba solamente de un factor del consenso, sino una de las bases esenciales del mismo. Era necesario insertar al país en su escenario y desde él abordar en mejor posición para defender los propios intereses.

Existía conciencia casi unánime de que el aislamiento, el «recogimiento canovista», la marginación derivada de la falta de pulso nacional, de las inferioridades económicas o militares, las compensaciones —acción de Marruecos— coloniales y la cuarentena

del régimen —pagando en cada ocasión un alto precio en intereses y en inferioridad negociadora—, habían encerrado a la nación en límites excesivos y significaron una inferioridad internacional notoria, causa de nuestro complejo de inferioridad del que el nacionalismo españolista trataba de salir mediante una retórica poco creíble o con actos desproporcionados.

La necesidad de participar en pie de igualdad en nuestro escenario principal no se le escapaba a casi nadie. Pero esta inserción y la superación de la situación de dominación condujo a algunos a pensar que, una vez admitidos en el sistema en pie de igualdad en el lugar que nos correspondía, habría poco o ninguna posibilidad para ir consiguiendo el margen que a cada país puede corresponder. Una visión más bien mecanicista del sistema internacional. La realidad de que, reconocidos jurídica y políticamente, era necesario ir definiendo desde dentro —con esfuerzo diario, incluso conceptual— el ámbito de autonomía que era posible. Yo intenté, en efecto, definir esta situación a partir de estos elementos: 1) El sistema funciona mejor cuando cada fuerza —cada Estado, cada comunidad nacional— encuentra en él un ámbito propio donde explicitar y perseguir sus intereses. No solamente un margen de autonomía era posible, sino que contribuía al mejor funcionamiento del sistema. 2) En una situación de diferencias de poder y de liderazgo de una superpotencia, quien no logra esta autonomía mínima, se sateliza. 3) Satélite no es quien en ocasión coincide con el fin y propósito del superior, sino quien lo hace mecánicamente. 4) En el tema de las alianzas y en la Unión Europea, aparte de la cuestión primaria de *estar* o *no estar*, es esencial la de *cómo estar*. 5) En cuanto a los intereses, justo a la adaptación a los comunes, es esencial la identificación, formulación y presencia de los propios.

En definitiva: el participar no significa una especie de fin de la historia, ni el fin del necesario esfuerzo nacional.

Es cierto que en algunos momentos posteriores a aquel en que yo me esforcé en definir esta lectura y ejecutar una política, hubo una disminución del empeño de definir nuestro propio ámbito. En el momento de la Guerra del Golfo (1990-1991), por ejemplo, pareció que todo se limitaba a estar presentes, y no en definir la legitimidad de la respuesta a la violación del Derecho Internacional, ni a ninguna proyección del futuro de la región. En menor medida, en el desarrollo de la Comunidad Europea es donde se tomaron más iniciativas: a la vista del objetivo común, pero teniendo en cuenta nuestras realidades. También en la política mediterránea.

Se ha dicho que la primera visita de un ministro español de Asuntos Exteriores es a Rabat. Tú eres un gran conocedor de la evolución de Marruecos y nos gustaría conocer tu opinión acerca de algunos puntos clave en la evolución de ese país: ¿estamos condenados a avalar una modernización sin democracia so pena de provocar un avance del fundamentalismo islámico? Durante años Occidente ha mirado hacia otro lado en relación a la política interna del reino de Marruecos alegando que siempre era preferible un aliado fiel antes que dejar vía libre a las propuestas islamistas radicales. Este olvido acerca de las promesas no cumplidas de reformas y democratización ha ido unido a una política de olvido de las reivindicaciones del pueblo saharauí. ¿Cuál es la evolución posible en los próximos años?

No soy fundamentalmente pesimista respecto a la evolución de Marruecos. Modernización y democracia no son opciones que se opongan. Por el contrario, la democracia es

el régimen y el sistema de valores en que culmina un verdadero proceso de modernización. Bien es verdad que en ocasiones se ha expuesto que la adaptación a la técnica y a la secularización pueden ser alcanzados desde un *gobierno desde arriba*, modernizador, y que en un momento de participación popular puede obstaculizar los objetivos de las élites modernizantes. Incluso en lo que se refiere a nosotros y a Latinoamérica como consecuencia de la doctrina —de la teoría de los estadios económicos tan de moda en los años sesenta en la obra de Rostow—, a cada estadio económico correspondía una lectura en términos de instituciones políticas. Fue un arma de los modernizadores tecnócratas y con una visión de gobierno para el pueblo por las minorías.

La gran cuestión en Marruecos y en otros países árabes es si el islamismo es necesariamente negador del gobierno representativo.

En los próximos años, el destino de Marruecos dependerá: 1) de si la Monarquía es capaz de favorecer u obstaculizar las instituciones representativas; 2) de si el islamismo encuentra oficio y lugar en este sistema, o se concreta como única y real oposición; 3) de si la relación con España se desarrolla fluidamente con sus consecuencias en lo que se refiere a la relación Marruecos-Unión Europea; 4) del desarrollo de clases medias; 5) de un equilibrio entre Corona y partidos; 6) del desarrollo de la sociedad civil, que es más real que en casi todos los países árabes.

En lo que se refiere a la relación Marruecos y España, no creo que estemos condenados a que las diferencias prevalezcan sobre los intereses que pueden ser comunes. Hay que desacralizar la relación y huir de una visión de un choque de civilizaciones. A ninguno de los dos Estados le conviene la crisis. Evitar la crisis subsistiendo las diferencias es, probablemente, lo más adecuado. Hay que socializar la relación: es decir, favorecer el contacto entre las culturas y las comunidades.

En los años 1985-1987 fuiste embajador de España en Naciones Unidas. Cuentas en tu libro que, a partir de conversaciones con figuras importantes de la política exterior norteamericana, llegaste a la conclusión de que los estadounidenses verían puestos en juego sus intereses vitales si se produjeran conflictos incontrolables en México, en Alemania y en el Golfo. Muchas cosas han ocurrido desde entonces, entre otras la Unidad de Alemania y la caída de los países del Este. Tras el «Fin de la historia», ¿estamos abocados a un choque de civilizaciones?, ¿cómo ves la situación actual de la política norteamericana?, ¿crees que prevalecerán los planteamientos unilateralistas o que se impondrán consideraciones de tipo multilateral?

En el libro a que te refieres, recuerdo conversaciones con Henry Kissinger en las que éste enunciaba los escenarios de conflicto y las cuestiones esenciales para los Estados Unidos. Éstos eran, entonces: 1) relación polémica con la URSS (estábamos en 1986-1987); 2) México; 3) el Golfo Árabe y 4) en menor medida, Corea.

La relación bipolar EE.UU.-URSS no existe hoy. Como aglutinante para los occidentales bajo los Estados Unidos, se ha tratado de sustituirlo por un inevitable choque de civilizaciones. No creo que el análisis de Huntington sea correcto. Simplifica demasiado. Las sociedades islámicas son más complejas de lo que él describe.

En cuanto a los Estados Unidos, en primer lugar, siendo una potencia militar inalcanzable y la primera potencia económica, su *hard power* (economía, política, capacidad militar) no se acompaña de una capacidad de proponer valores que se correspondan

a estas realidades de poder. En la *política de contención*, los estadounidenses fueron capaces de *convencer*, por lo menos, a los que eran convencibles; ahora no. Un autor estadounidense, J. Nye, ha publicado hace unos dos años una obra cuyo título es ilustrativo de esta realidad: *La paradoja del poder americano, ¿por qué la única superpotencia no puede hacerlo sola?* Le falta capacidad de transmitir imagen y de legitimar el poder cultural y político, o la ideología: el *soft power*.

Se mantendrá en última instancia una lectura predominantemente unilateralista. Incluso cuando en el pasado verano de 2002 se dio la batalla en Washington por los menos halcones por ir a Naciones Unidas para preparar la acción de Iraq, nadie negó —ni Powell ni los antiguos como Scowfrot o Baker— que en todo caso el gobierno estadounidense estaba legitimado para actuar unilateralmente. Y luego se han producido las resoluciones del Congreso y el Senado. Lo que no se puede descartar es que la acción de los aliados, Inglaterra desde dentro, Francia y Alemania desde el margen, pueden tener influencia en la modulación. Ni tampoco se puede descartar la acción de la opinión estadounidense liberal.

En cuanto a la situación general política estadounidense: 1) Hace mucho que el Congreso ha tenido tan poca influencia y la gran prensa liberal está más resignada. Bush tiene más poder que ningún otro presidente desde Roosevelt en la época de guerra. 2) En la actual administración domina la cultura del secreto: Cheney no solamente se ha negado a mostrar su agenda de contactos con los grupos económicos, sino que se opone a que los papeles de Reagan pasen a los archivos públicos. Quizás la diferencia entre Bush padre y Bush hijo es que el primero, deformado por la opción tejana, tenía una formación del Este, mientras que el hijo se presenta como de Tejas.

En cuanto a la acción en Iraq, el propósito está claro. Pero: el coste de la guerra es alto: W.D. Nordhaus (*New York Review of Books*, 6 de diciembre de 2002) la cifraba entre 121.000 millones de dólares (guerra corta y favorable) y un billón (trillón en americano), 500.000 millones (guerra larga y poco favorable). Y esto cuando el objetivo de rebajar los impuestos es irrenunciable. Luego está el problema de ¿cómo se reconstruye Iraq?, ¿y la región? No ya el *nation building* rechazado por Bush en su campaña electoral, sino el *region building*.

Has sido durante doce años parlamentario europeo. Uno de los temas más interesantes del libro son las reflexiones acerca de la construcción europea. Por un lado tenemos la ampliación a distintos países. Incluso se ha suscitado recientemente el problema de la incorporación de Turquía. ¿Debería Europa aceptar la integración de Turquía?, ¿debería rechazarla por motivos religiosos?, ¿hay diferencias en la perspectiva europea y la estadounidense sobre este tema?

Turquía: sí. Rechazarla por motivos religiosos sería retroceder siglos. Pero es evidente que el instinto europeísta se basa en la creencia de que Europa es tradición greco-latina, renacimiento, ilustración, laicismo. Europa son valores y capacidad de integración de culturas diferenciadas.

Ahora bien: en el proceso de integración, como en el de cualquier otro país, se trata de diferentes ajustes. En el caso de Turquía, estaría en el respeto a los derechos humanos y en una laicización suficiente.

Hay una diferencia en la visión de los Estados Unidos y Europa respecto a la

adhesión de Turquía. La visión general americana es la estratégica: papel de Turquía durante la guerra fría, y ahora en la región. Los europeos, aparte del énfasis en los derechos humanos, tienen que estimar el peso de Turquía (primer país después de Alemania demográficamente) en el voto del Consejo, en las instituciones parlamentarias, comisarios, etc.

Por otro tenemos el problema de la organización interna: ¿Europa de Estados? ¿Europa federal? ¿Europa de naciones sin Estado? ¿Cómo ves el problema de la organización interna de Europa?

En la construcción europea juegan dos legitimidades: la de los Estados y la de los pueblos. «Una unión cada vez más estrecha entre los Estados y entre los pueblos» (dicen los Tratados). Mi respuesta sería: una Europa de los Estados inspirada en un principio federal. En cuanto a la organización: el Consejo se basa en la igualdad de los Estados —y en la composición de mayorías de aprobación y de defensa. Es, a pesar de todo, el más sensible al control democrático a través de tu propio Ministro de Asuntos Exteriores. La Comisión es el motor del impulso federativo, pero sus miembros son menos controlables. En cuanto al Parlamento Europeo, la cuestión esencial es el control no ya político, sino psicológico y sociológico de sus diputados. Y de la creación de verdaderos partidos políticos europeos. En cuanto a las naciones sin Estado, su participación no puede imposibilitar la acción del Consejo.

En tu libro planteas el problema de las distintas fases de la Unión Europea. De una Europa cuyos socios fundadores partían de una gran homogeneidad cultural a una situación de multiplicidad de lenguas, de culturas, incluso hasta llegar a una sociedad multiétnica. En estas circunstancias aludes al debate entre Habermas y Touraine acerca del sentimiento europeo, acerca del nuevo patriotismo europeo, acerca de la posibilidad de combinar distintos sentimientos de pertenencia. ¿Crees que florecerá un pueblo europeo, una opinión pública europea, un sentimiento de pertenencia que supere los marcos del actual Estado-nación?, ¿crees posible compartir distintos sentimientos de pertenencia?

Efectivamente, la Europa del Tratado de Roma estaba compuesta de miembros más homogéneos, política, social y culturalmente. La de los 25 es más diversa. Las perspectivas, nacidas de las historias nacionales, son muy diferentes.

El patriotismo constitucional de Habermas es una lectura comprensiva y limitada de los nacionalismos de cada comunidad. ¿Surgirá un pueblo europeo? No es imposible. Depende de la obra de los hombres de la cultura y de los medios. Creo que sí que es posible la construcción de una identidad europea. Es necesaria una nueva Ilustración.

Al hablar de Europa es imprescindible afrontar el tema de la posibilidad de una política exterior y de defensa específicamente europea que cuente a la hora de las grandes decisiones, que sea relevante en los momentos decisivos. En tu libro hablas de la incapacidad de Europa ante el drama yugoslavo y de su inoperancia en la Guerra del Golfo de 1990. ¿Crees que Europa dará el salto hacia constituirse en sujeto de la política internacional o prevalecerá el vínculo trasatlántico entre Estados Unidos y Gran Bretaña?

Hay políticas bastante comunes —o percepciones— respecto a Israel o África. Los autores estadounidenses no descartan que en las próximas décadas la primacía internacional de los Estados Unidos sea superada o igualada por Europa.

Todo Gobierno británico, y quizás su opinión pública, tratará de mantener la relación especial con Estados Unidos pero cada vez más compatible con su dimensión europea. No se dice que Gran Bretaña ha mantenido tantas guerras en territorio continental europeo como Francia, muchas más que Italia.

Desde hace años eres un conocedor de toda la literatura que ha surgido acerca de la «Vuelta de la religión», de la emergencia de los fundamentalismos. Europa tiene uno de sus retos en la relación con el Mediterráneo. El Mediterráneo puede ser un mar de paz o una zona de conflictos permanentes. Aludes en tu libro a tus visitas a Israel en momentos en que la paz parecía posible y la existencia de dos Estados: una perspectiva que ganaba adeptos. Todo esto ha cambiado. ¿Qué previsiones tienes acerca de la evolución de esta situación?

El fundamentalismo islámico, en efecto, me ha interesado desde hace mucho tiempo. Pero soy consciente de su complejidad y de la diversidad de sus fenómenos. El reconocimiento de un Estado palestino es bastante aceptado en Israel. Ahora bien, el Likud y los partidos a su derecha tratan de configurarlo como desarmado y satelizado. En cuanto al futuro inmediato, son esenciales los datos de las elecciones en enero de 2003 y los efectos en la región de una acción bélica sobre Iraq esta primavera.

Por último, toda tu vida política ha sido un esfuerzo por encontrar un margen de maniobra dentro del sistema, porque éste no se cierre y se abra a reformas imprescindibles. Hoy estamos en un momento de polarización donde frente a la figura del reformista van apareciendo como figuras hegemónicas el conservador, que no quiere ningún cambio, y el disidente, que pone en cuestión la propia lógica. ¿Cabe establecer alguna conexión entre reforma política dentro del sistema y disidencia moral fuera de las instituciones?

El disidente niega el sistema en que vive y sus valores. Aspira a convertirse en opositor: es decir, en alguien al que se reconoce la acción para cambiar el entorno y los valores en el sistema existente. El opositor es la institucionalización del disidente. La democracia convierte al disidente en opositor. Es decir, asimila al disidente. El opositor es un *cives*, el disidente niega los valores instituidos. Pero, incluso en democracia, la integración sociológica y política puede no ser total, incluso no suficiente. En qué medida favorece la transformación del disidente en opositor es un criterio para valorar la capacidad integradora de una democracia.